

El mundo todo entre espantosa guerra:
Napoleon y Alejandro contemplaron
Enmudecida ante sus piés la tierra:
Napoleon y Alejandro recogieron

Tantos lauros sin fin con que adornarse,
Que ante sus nombres colosales vieron
Todo brillo mortal anonadarse.

Mas de esos héroes ni siquiera ensayo
Ambicionar los bárbaros laureles:
Yo envidio á Franklin que desarmó el rayo:
Yo envidio á Fulton que inventó los rieles.

Coronas yo no quiero enrojecidas
Por sangre que á torrentes derramaron:
Coronas yo no quiero maldecidas
Por familias y pueblos que asolaron.

Vuestros lauros sí son apetecibles,
Jóvenes por Minerva bendecidos,
Pues son gloriosos, bellos y apacibles,
Y con sangre jamás serán teñidos.

Y al mirar la aureóla de luz llena,
Con que esos lauros puros resplandecen,
Por una parte el gozo me enagena,
Por otra los recuerdos me estremecen:

Recuerdos de un ayer tan halagüeño
Como el sí de los lábios de la amada:
Ayer falaz, que prometió risueño
Brillanté porvenir trocado en nada.

El alma mía con delirio ardiente
Juzga de nuevo ver estas memorias,
Y contempla pasar confusamente
Flores, coronas, palmas y victorias.

Victorias y coronas que he mirado
Aquí, como á vosotros embriagarme;
Y llevando mi vista á lo pasado,
Hoy vienen cual de un sueño á despertarme.

Por eso no teniendo mas lenguaje
Que de mi lira el desacorde y rudo,
Yo lo levanto de mi amor cual gaje,
Y de nuevo, plantel, yo te saludo.

Disfrutad, pues, de vuestra pura gloria.
Disfrutad de la dicha que os halaga:
Pronto tendreis tan solo la memoria,
Que amor el mundo con sarcasmo paga.

Mas no dejéis de cultivar la ciencia,
Esa sublime emanacion del cielo,
Porque en medio al penar de la existencia
Solo ella puede conceder consuelo.

La ciencia, sí, la ciencia omnipotente,
Que los mares y vientos encadena,
Y sube al firmamento refulgente,
Y á los mismos relámpagos enfrena.

La ciencia, sí, que es árbitra y señora
Para mandar al universo entero;
Y que ha hecho con voz dominadora
Pintor al sol y al rayo mensajero.

La ciencia, sí, que para el triste mundo
Es manantial de paz y de ventura,
Porque le muestra con amor profundo
La senda del progreso que fulgura.

Y solo sabe Dios para mañana
Hasta donde levante su cabeza,
Pues le enseña su mano soberana
Que es sin fin esa senda de grandeza.

Mucho ha avanzado en su triunfal carrera:
Doquier resuena su fulgente nombre;
Y demuestra que es ella la primera
Que anhela dar felicidad al hombre.

Lo enseñó á dibujar su pensamiento
Por medio del buril ó de la pluma;
Y desde luego su sublime aliento
Por todas partes con su olor perfuma.

Pero así todavía no contenta,
Le dió papel en vez de pergamino;
Y llenó el Orbe con su luz la imprenta
Que el génio halló de Guttemberg divino.

Lo enseñó á caminar sobre el oceano,
Y pronto el agua con los barcos huella,
En el inmenso y formidable llano

Siendo su norte la polar estrella.

Y si acaso la oculta aterradora
La tempestad horrisona y bravia,
No le olvida la ciencia previsora,
Y la brújula allí le dá por guía.

Mas el buque separa sin el viento
Y ya no existe fuerza que lo mueva:
Vendrá la ciencia á darle movimiento,
È inspira á Fulton que en vapor lo lleva.

Pero el hombre no se halla satisfecho
Con domar al oceano embravecido,
Y de noble ambicion henchido el pecho,
Quiere surcar los vientos atrevido.

Ya viene Montgolfier: él prontamente
Globos hará con que en el aire impera,
Y el hombre sube audaz, frente por frente
A competir con la águila altanera.

Pero su esfuerzo aún está vencido
Por conversar con apartadas tierras,
Pues de su voz apagan el sonido
Mares ó valles ó elevadas sierras.

Mas ora la distancia ya no existe:
No la quiso del hombre la arrogancia,
Y de alambre con red al mundo viste,
Y el telégrafo borra la distancia.

Gloria, gloria á la ciencia omnipotente:
Todo lo abarca su divina mano.
Desde la gota de agua de la fuente
Hasta el sol de los cielos soberano.

Ella condujo de Colon el paso,
Y ornándolo de gloria sin segundo,
Mostró á la Europa en el lejano ocaso
Lleno de oro y de perlas otro mundo.

Ella con luz de brillo refulgente,
Inspiró el génio de Daguerre sublime,
Y el sol á sus mandatos obediente
Con prontitud lo que le ordena imprime.

Ella de Franklin á la mano fuerte
Le concedió poder incóparable;

Y ya para destruir ó dar la muerte
Es impotente el rayo formidable.

El eléctrico fluido ella condujo
De Volta ante los ojos poderosos;
Y aparatos formó con que produjo
Prodigios y prodigios asombrosos.

Ella nos enseñó que las estrellas
Son mundos como el mundo que habitamos,
Y que años y estaciones hay en ellas,
Noches y dias cual aquí miramos.

Ella nos enseñó que siempre giran
Sin tregua ni descanso en el abismo,
Y que es tal la distancia á que se miran
Que se abruma midiéndola el guarismo.

Y que sus moles son de tal tamaño,
Que si el mundo sobre ellas descendiera,
No les fuera sin duda mas extraño
Que si una arena mas aquí cayera.

Mas ¿á dónde camino arrebatado
En alas de mi ardiente fantasía?
Oh ciencia, ante tu gloria anonadado,
Siento que desfallece la voz mia.

Jóvenes bendecidos por Minerva,
A vosotros de nuevo me dirijo:
A la ciencia entregaos sin reserva
Tened en ella siempre el mirar fijo.

Ya habeis visto que ella del humano
Es la mas dulce y la mejor amiga,
Que el saber por doquiera con su mano
Feliz al hombre por hacer prodiga.

Y vendrá no muy léjos el momento,
En que fije con mano vencedora,
Del hombre el extraviado pensamiento,
Del progreso en la senda brilladora.

Ella al progreso sin cesar aclama,
Siempre creciente, siempre indefinido;
Pero tierna y solícita lo llama
Porque es del hombre el bien apetecido.

Amadla, pues, con sin igual ternura:
Hijos queridos en vosotros vea:
En sus manos confiad vuestra ventura,
Y conmigo esclamad ¡BENDITA SEA!

Lucia Marmalejo.

EN LA DISTRIBUCION DE PREMIOS

DEL COLEGIO DE GUANAJUATO.



Doradas arpas de vibrar sonoro
Que de Jehovah ante el trono suspirais;
Ilusiones queridas que mirais
Las nubes de la vida en arrebol:
Escenas misteriosas que de niño
Absorto en mi inocencia contemplaba,
Cuando tomando un prisma jugueteaba
Con los colores del brillante sol.
Arrullos de mi madre, tiernos besos
Que su boca á mi boca prodigaba
Cuando dormía en la cuna y descansaba,
Velando ella á mi lado por mi amor:
Consejos que mi padre con ternura,
Con sin igual ternura me inculcaba
Poco antes de espirar, porque faltaba
Tan triste lenitivo á su dolor.
Dadme vuestra elocuencia, porque intento
Enzaltar á la ciencia encantadora,
Y al jóven en cuya alma emprendedora
La llama del ingenio veo oscilar.
Prestadme vuestro encanto peregrino
Del suspirado cielo provenido,
Porque sin él cual nunca entristecido
Rompo mi lira sin poder cantar.
Porque solo poseo. . . Mas nada tengo
Que no sean infortunios y dolores,
Rosas marchitas ya, cuyos colores
Borráronse del mal á la impresion.
Solo encuentro un amor ilimitado,

A la divina ciencia, un decidido
Cariño para el sabio bendecido,
Que entusiasma mi triste corazón.

Ciencia! sublime nombre cuyo encanto
Despierta al hombre de letargo horrendo,
Haciendo que contemple sonriendo
Un camino de luz y claridad.
Ella es por quien el sabio se levanta
Hasta esconder su frente entre las nubes,
Y descubre de místicos querubes
Sentada sobre el trono la verdad.

Ella es por quien el mundo y sus naciones
Se presentan magníficas y bellas,
Y donde quedan sus lucientes huellas,
Allí brotan la luz y el esplendor.
Y los desiertos tórnanse en jardines
Donde cantan las aves inocentes
Y arrullan con su música las fuentes
Que del musgo retratan el verdor.

La sombra de esa virgen peregrina
Reluce como el sol, y su sonrisa
Imita de los ángeles la risa,
Que de hinojos están ante el Señor.
Al sentir sus pisadas los vergeles
Parece que gustosos brotan flores
Pintadas con bellísimos colores
Y perfumadas con celeste olor.

Su encantadora patria es la alta gloria
Y su imperio el erial de la existencia;
Su cetro la valiente inteligencia
Y su corona el inclito saber.
Es su álbum el espacio desmedido
Y su tinta las fúlgidas estrellas;
De las alas blanquísimas y bellas
De un arcángel su pluma debe ser.

Con ella escribe en el azul del cielo
Tal vez una orden de Adonai el santo. . . .
Mas ya contemplo con divino encanto
Que vuestros nombres son los que escribió.

Y ya escucho cual nunca comóvido
El acento sonoro y melodioso
Que al referirlos en el cielo hermoso,
Con toda su dulzura resonó.

Tanto deslumbra de la ciencia el brillo,
Tanto fascina su feliz influencia,
Que ereemos ver anexa á su existencia
La encantadora divinal virtud.
Y no vemos tal vez qué le rodea. . . .
Tal vez no contemplamos que ilumina
De una ciudad el esterminio y ruina
O trémula esclarece un ataúd,

La inteligencia empero descarriada
De algunos seres de nublada frente,
Avida corre tras la turbia fuente
Manantial del engaño y del error.
Ella es un rayo de la luz del cielo
Por la sombra ofuscado del infierno,
El ideal del dolor y el llanto eterno,
La maldición terrible del Señor.

Todo alcanza el saber, y si hay misterios
Que ante su vista perspicaz se ocultan
Y entre sus pliegues la verdad sepultan
En el orden sensible y material,
Eso es porque ellos huyen temerosos
De que el hombre sus brazos aprisione
Y ante la faz del mundo lo pregone
Y quiera sus secretos arrancar.

Arquímedes el sabio esto decía:
"Si un apoyo mi máquina tuviera
Seguramente, si, yo me atreviera
La máquina del mundo á levantar."

Y Franklin grande en tempestuoso día
El rayo de las nubes arrebató,
Y el mismo cielo su valor acató
Hermoso arco de triunfo al elevar.

Copérnico, Descartes, Galileo,
Bacon y Newton con saber divino,
Estudian del espacio diamantino

El curso de los astros regular.
Y Gama, hijo de México prosigue
El camino que aquellos le han mostrado,
Y de Humboldt el insigne es elogiado
Cual talento preclaro y singular.

Mas ¡ay! la torva faz del infortunio
Sus ojos fija en quien la ciencia adora,
Y tal vez la miseria aterradora
Cual Camoens al morir mira llegar,
Pero no os desanime en vuestro anhelo
El saber que los sábios han sufrido,
Pues siempre encontrareis gozo cumplido
De la sublime ciencia en el altar.

Y creedme con firmeza eso que os digo,
Que aunque me veais tan jóven, ved mi frente
Por el dolor marcada que inclemente
La flor de mis ensueños marchitó.
Y recibid mis votos que sinceros
Nacen de un corazón enternecido
Que al mirar vuestros triunfos, conmovido
Sus pasadas desgracias olvidó.

Realizáronse en fin vuestros ensueños,
Apareció radiante de ventura
El instante dichoso que os augura
Futura gloria y sempiterno honor.
Es mas grato que el eco de las fuentes,
Mas bello que las flores perfumadas
De amarillo y de nácar matizadas,
Tan bello cual del cielo el esplendor.

Una hoja mas adorna vuestra palma
Porque habeis adquirido otra victoria,
Una flor mas hoy tiene la alta gloria
Vuestra brillante aureola de esmaltar.
De mi jardín las rosas están secas,
Pensé encontrarlas llenas de rocío,
Y hallé que estaban cual el pecho mio....
Por eso no os las traje á regalar.

Mas. . . del Eden las sombras venerandas
Con túnicas de luz, manto formado

Del espacio con aire condensado,
De esclarecidos sabios veo llegar.
Ya los miro arrancar de vuestra frente
La corona de honor que habeis ganado;
Con su mano tambien os han quitado
La palma que supisteis conquistar.

Desaparecieron ya. . . y han presentado
Ante el trono del Dios resplandeciente,
La guirnalda que ornaba vuestra frente
Y la palma que hacía vuestra ilusion.
Al mirarlas Jehovah, su brazo estiende
Por quien el cielo y tierra han existido. . . .
Jóvenes estudiosos, ¡ha caido
Sobre ellas su copiosa bendicion!

Francisco de S. Ginori.